

Un genio del mal guía sus pasos á través de la noche, y éstos se dirigen, impulsados por una fuerza incontrastable, hacia el lugar en que se encuentra el peregrino.

Presta de nuevo atención; nada se escucha. ¿Qué hará? ¡Si fuera posible descubrir un arcano!

Diciendo así, el caudillo de las manos rojas separa las colgaduras de seda y oro que cubren la puerta de la habitación que ocupa el misterioso viajero; un rayo que hubiera caído á sus pies no le asombraría tanto como la escena que se presenta á sus ojos.

El peregrino ha desaparecido.

En mitad del aposento, y al débil resplandor de una lámpara de alabastro, se ve el informe busto de un horroroso ídolo.

La locura en sus fantásticas creaciones, el sueño en sus angustiosas pesadillas, el insomnio en su delirio abrumador, no forjaron nunca una imagen tan repugnante y terrible.

No es su rostro el del genio benéfico que protege al príncipe; ese rostro en cuyas facciones se ven grabadas en armoniosas líneas y rasgos atrevidos la noble fiereza, la salvaje y varonil hermosura del dios de la selva; no: la fisonomía de aquella tosca escultura, que sin concluir aún se presenta á los ojos del aterrado Pulo, tiene algo de infernal y medroso: de sus redondas pupilas parece pronto á brotar el rayo y la muerte; su dilatada boca está contraída por una sonrisa feroz; todo en él revela un genio del mal.

Es la imagen de Schiwen y no la de Vichentú.

La impaciencia ha perdido para siempre al desgraciado caudillo.

Éste, presa de un vértigo, y saliendo de su inmovilidad,—Bracmines,—exclama en alta voz;—despertad de vuestro sueño; la esperanza de dicha que aun me restaba se ha desvanecido como el perfume de un lirio que besa el simoún. Schiwen venció en el combate; levantad el ídolo que lo representa; llevadlo al ara sobre vuestros hombros, al compás de los himnos de luto y el clamor de las planíderas y los címbalos; suyo será el templo de su hermano, y con él mi vida.

Los Bracmines y los servidores del príncipe que han acudido á su llamamiento, se apresuran á ejecutar sus mandatos; las apagadas antorchas vuelven á despedir torrentes de luz; los guerreros hieren sus escudos con el pomo de la espada; las roncas bocinas de marfil ahuyentan el tranquilo sueño de los habitantes de Cutac, y la triste é imponente comitiva que conduce al dios de la muerte y del estrago se dirige á la gigantesca Pagoda, del seno de la cual se escuchan levantarse, cre-

cer y morir, temblando en el vacío, medrosos lamentos y horribles carcajadas. Son los genios de la destrucción que solemnizan su victoria.

El día comienza á despuntar; la Luna se desvanece, y el mar se colora con la primera luz del alba. El templo resplandece iluminado en su interior por cien y cien magníficas lámparas de bronce y oro; las blancas nubes que se elevan de los altares difunden la esencia de la mirra y del áloe por los extensos ámbitos de la Pagoda; el príncipe ha ceñido la frente con el amarillo schal, emblema del poder soberano, y cubierto con sus más ricas vestiduras, está de rodillas ante el ara.

Las ceremonias con que los Bracmines, invocando la piedad de los genios, han dado posesión al de la muerte del templo de Jaganata, han concluído.

—¡Sacerdotes, caudillos, siervos!—prorrumpie al fin el señor de Osiria;—la cólera de los dioses está suspendida sobre mi cabeza, como una espada pendiente de un cabello; mis manos, que desde la terrible hora en que subí al solio ningún mortal ha visto desnudas, están manchadas de sangre. Vedlas; esta sangre es la de mi antecesor, la de mi hermano, á quien arranqué la vida con la corona. Schiwen, el dios del remordimiento y de la expiación, me exige ojo por ojo, corona por corona, vida por vida. Cúmplase su voluntad. Sacerdotes, caudillos, siervos; rogad por el último de los Dheli, cuya raza va á desaparecer de la Tierra.

La multitud, sobrecogida y llena de terror, permanece en silencio; Pulo, volviéndose hacia el altar en que está colocado el dios, prosigue de este modo, dirigiéndose al informe ídolo, que parece que contrae sus labios con una muda é infernal sonrisa:

—Schiwen, enemigo y extirpador de mi raza: si la sangre puede borrar mis culpas, apartando tu cólera de la frente de Siannah, recíbelas como mi última ofrenda; pero concédeme al menos que, antes de partir del mundo, la contemple un instante por la postrera vez; que su boca reciba el frío y apagado aliento de la mía; que sus besos cierren mis párpados á la eterna noche de la tumba.

La muchedumbre que ocupa las naves del templo tiene fijos sus ojos en el príncipe, y arroja un grito de horror.

Pulo se ha atravesado con su espada, y el caliente borbotón de sangre que brotó de su herida, saltó humeando al rostro del genio.

En aquel instante, una mujer atraviesa el atrio de la Pagoda, y se adelanta hasta el recinto en que se eleva el ara de Schiwen.

—¡Siannah!—murmura el príncipe, reconociéndola;

—Siannah, al fin te veo antes de morir. Y espira.

Siannah, la perla de Ormuz, la violeta de Osiria, el símbolo de la hermosura y del amor, la que formó Bermach en un delirio de placer, combinando la gentileza de las palmas de Nepous, la flexibilidad de los juncos del Ganges, la esmeralda de los ojos de una *schiva*, la luz de un diamante de Golconda, la armonía de una noche de verano y la esencia de un lirio salvaje del Himalaya; Siannah, la hermosa entre las hermosas, siguió á Pulo el cazador á través de su peregrinación en esas regiones desconocidas, de las que ningún viajero vuelve.

Siannah fué la primera viuda indiana que se arrojó al fuego con el cadáver de su esposo.»

En el *Ramayana*, atribuído á Valmiki, posterior al *Mahabharata* (siglo VIII antes de J. C.), se cantan las derrotas y muerte de Ravana, Rey de los Rakshasas ó demonios vampiros, establecidos en las islas de Sauka (Ceilán), y la conquista de esta isla; empresas ambas llevadas á cabo por Rama, hijo de Dasaratha, Rey de Ayodhya (Oudda), en unión con los ejérci-

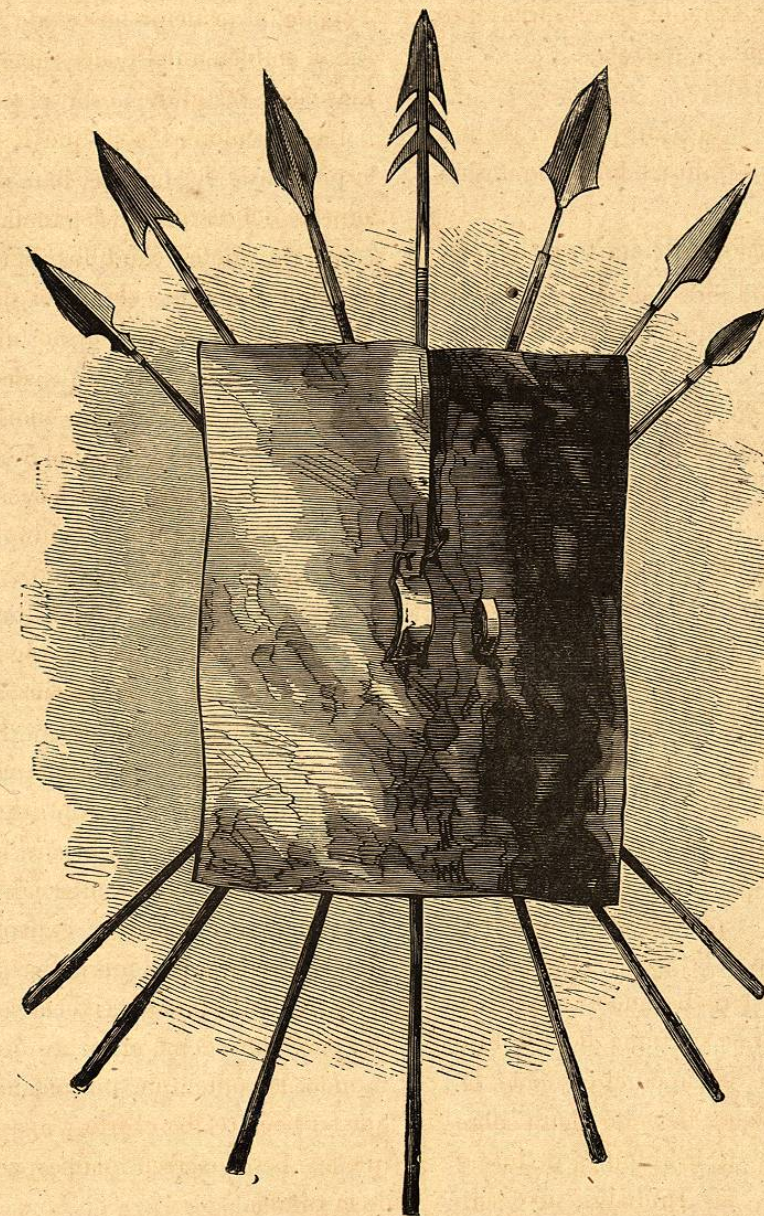
tos de monos y osos, acaudillados por Sugriva, Rey de los primeros. Si tal asunto fuera interpretado literalmente, la crítica no vería en el *Ramayana* una gran epopeya, sino un caprichoso cuento de hadas, semejante á los que se contienen en las célebres *Mil y una noches*, ni concedería á este poema otra importancia que aquella á que se hiciese acreedor por su mérito literario.

Fácilmente comprenderá el lector que esta fábula es una forma simbólica, que oculta un hecho real y una concepción grandiosa; y así es, en efecto; para la crítica moderna, Rama, Ravana y Sugriva, con sus ejércitos de demonios, osos y monos, son personificaciones colosales de pueblos y razas, y la expedición contra Lauka no es otra cosa que la lucha formidable que sostuvieron los Aryas contra los elementos, las fieras, y con los

primitivos pobladores de la India, y cuyo resultado fué el triunfo de la civilización fecunda y progresiva de nuestra ilustre raza sobre las tribus bárbaras que ocupaban el Indostán. Por ser el *Ramayana* expresión de este grande hecho, y por cantar, no una lucha intestina, como la gran guerra que celebra el *Mahabharata*, sino un suceso de trascendencia universal y de consecuencias incalculables; por ser al mismo tiempo fidelísima representación del ideal y de la civilización de los indios, es decir, del ideal y civilización de la rama más ilustre y antigua de los Aryas, la cultura europea; es por lo que el *Ramayana* merece el nombre de epopeya, y la reputación é importancia

de que goza en la literatura y en la historia; y el cronista venatorio ha de acudir á ella en busca de noticias y datos que desvanezcan las nebulosidades de la misteriosa civilización india.

Una prueba elocuente de que los antiguos indios cazaban á las fieras, se halla en el *Ramayana*, cuando Dasaratha refiere á su esposa que una noche había salido á cazar en las orillas del Sarayu. Hallábase en ace-



Panoplia india

cho, esperando que alguna fiera acudiera á beber en el río, cuando oyó un ruido que le pareció semejante á la voz de un elefante. Disparó una flecha, y al punto llegaron á sus oídos los lamentos de un hombre; acudió presuroso, y halló un joven anacoreta mortalmente herido. El desgraciado le dijo que había ido al río á llenar un cántaro, cuando Dasaratha, tomándole por elefante, le había muerto, y que era el único amparo de sus padres, ancianos y ciegos, á quienes su muerte dejaba en el más completo abandono.

La gacela era uno de los animales predilectos de caza, y servía á menudo para las ficciones de la fábula.

En el *Ramayana* se presenta ante Ravana, monarca de los Rakshasas, á aconsejarle que dé muerte á Rama y Lakshmana, y robe á Sita.

Comunica Ravana sus proyectos á Maritcha, y le ordena que, trasfórmado en dorada gacela, distraiga á Rama y su hermano, en tanto que él roba á Sita. Juiciosos reparos opone Maritcha á tan criminal proyecto; pero sus acertadas observaciones se estrellan en la tenacidad de Ravana, que concluye por montar en cólera y amenazarle con la muerte si se niega á cumplir sus mandatos. Atemorizado Maritcha, consiente en obedecerle, dirigiéndose ambos en seguida á la ermita de Rama. Allí se trasforma Maritcha en gacela de oro, matizada con manchas de plata, adornada con flores de loto, esmeraldas y lapizlázuli, y ostentando en su cabeza cuatro cuernos de oro, rodeados de perlas.

Al ver al hermoso animal, Sita, llena de asombro y curiosidad, manifiesta á su esposo el placer que tendría en apoderarse de la gacela. Rama fácilmente consiente en cazarla: no así Lakshmana, á quien el extraño aspecto del animal revela su verdadera naturaleza. Manifiéstalo así á su hermano, advirtiéndole que el demonio Maritcha suele tomar aquella forma para devorar á los hombres, y haciéndole notar que, no habiendo en la naturaleza gacela de oro, la que ante su vista se presenta debe ser creación de la magia, ó disfraz de un maléfico genio. Sita, que, á pesar de sus buenas cualidades, era caprichosa como todas las mujeres, insiste en apoderarse de la gacela; su esposo, complaciente y débil por extremo,—que nunca hubo Eva sin Adán,—decídese á cazar el animal fantástico, sea ó no creación mágica, y se lanza en su persecución. Vertiginosa carrera emprende entonces el disfrazado demonio, hasta lograr su objeto de apartar á Rama del lado de su esposa; pero su mala estrella le hace ser, al cabo, alcanzado y herido mortalmente. Al caer en tierra pierde su fantástica forma, apareciendo su verdadera figura; mas, deseoso de servir á Ravana aun en la muerte, lanza an-

gustioso grito en demanda de socorro, imitando la voz de Rama, con la mira de que Lakshmana acuda, y Sita queda abandonada. Entonces comprende Rama que ha caído en un lazo, y vuelve precipitado al lugar en que se encuentra su esposa.

Los documentos, las tradiciones, los monumentos, la teogonía indios, pregonan de un modo elocuente la comunicación directa, continua, entre el hombre y la naturaleza vegetal y animal.

Los dioses cabalgan sobre grandes elefantes, cocodrilos y bestias feroces; las pagodas y sepulcros representan escenas en que son protagonistas los huéspedes de las selvas.

El código de Manú, el *Mahabhárata*, y el *Ramayana*, expresión fidelísima del período brhamánico, sentaron como dogma la trasmigración de las almas, y el respeto á todos los seres creados.

El alma humana, según los libros indios, pasa al través de animales más ó menos inmundos, según las faltas que haya de purgar, siendo la meta el llegar á confundirse con Brhama, el Creador.

El código de Manú divide y clasifica los animales en puros é impuros, y prohíbe el comer algunos de ellos. Así prohíbe el comer carne de bestias feroces, los animales desconocidos, el cerdo, los cuadrúpedos de casco no hendido y los pájaros carnívoros.

Á tal punto llegan los desvaríos y exageraciones merced á la creencia de la trasmigración de las almas, que hace de cada animal el albergue de un alma humana, que, andando los siglos, la caza como diversión favorita y espaciamento, sufrió la influencia de tales errores, y pudieron vagar libremente las fieras haciendo diarias hecatombes; y los demás cuadrúpedos y aves multiplicáronse tranquilos ante la espléndida naturaleza de la India. Más tarde, las clases superiores desdeñaron estas preocupaciones y se entregaron á los placeres cinegéticos, organizándose brillantes monterías del tigre y elefante.

Los principales animales venatorios que desde las primeras edades vagaron por la India, son, además del tigre y elefante, leon, leopardo y bisonte, el ciervo de cabeza rayada (*cervulus aureus*), pequeño, pero superior á los demás de la India; y se halla aún entre el extremo Sud hasta la altura de más de 10,000 pies (3,000 metros) en el Himalaya; el oso negro, único que se conoce en las llanuras de la India (*melursus labiatus*); se le encuentra al Sud de la India en el Ganges, sobre todo en las regiones montañosas y cubiertas de junglares; el gran rinoceronte de la India (*R. indicus*) y el pequeño rinoceronte de la India (*R. sondaicus*), al pie del Hima-

laya, del Bhutan, Nepal, Assam, Arrakan y montes de Garrow; los osos pardos en el noroeste del Himalaya y de las montañas que rodean á Cachemira; el *surave* ó cabra de las selvas, que se encuentra en Li Kim.

Forman parte también de la fauna de la India, el *thar* ó *ther* (*hemigratus gemlaicus*) cabra salvaje del Himalaya; el *markor* (*capra magaceros*) en la región del Pir Panjal, al Sud del valle de Cachemira, en las montañas Hazara y en todas las vertientes al Oeste del Indus; el *burhel* (*ovis nahura*), que vaga por las altas cimas del Himalaya; el *ovis vignei* del Thibet y de Ladak, carneros salvajes de la India; diversas clases de antílopes, que son la gacela india (*gazella Bennettii*) y el antílope de cuatro cuernos (*tetracerus quadricornis*).

La fauna ornitológica de la India ofrece una brillante colección de pájaros de todas clases, plumajes y atavíos.

Las aves de rapiña, desde el gran buitre (*otogyps calvus*) hasta el halcón pigmeo de cabeza blanca (*hierox entolmos*); las golondrinas comunes de Europa hasta el espléndido vencejo ó martinete de cola recordada y el diminuto vencejo de los palmerales (*cypselus battasiensis*); pájaros-moscas y martines-pescadores, becadas de todas clases, alondras, palomas, el faisán del Moncal, que vuela por el Himalaya, sin rival por la belleza de su plumaje de un verde metálico y púrpura; el faisán de Sikim; el faisán de cabeza verde de pura raza de *crepaul*; el de Pakrás al Noroeste del Himalaya; perdicés de muchas variedades, desde la nevada del Himalaya hasta la común; las pollas de los junglares (*gallus ferrugineus*) y el *gallus sonneratii*. Las codornices comunes de Europa, la avutarda, las grullas, etc., etc.; todas estas aves de caza, moran desde tiempo inmemorial en la India en poemas, leyendas y códigos sagrados, y forman el cortejo animado de estos seres, útiles unas veces, nocivos otras y encanto las más de la creación. El Oriente ofrece en su conjunto, una naturaleza animada, rica y espléndida, mágico cuadro trazado por la mano del Divino Hacedor.

La caza, en la antigüedad india, se realizó en los albores de la civilización, con la flecha, el venablo y la jabalina; la saeta, la piedra disparada por mano práctica y certera, derribaba al pobre pájaro, posado confiadamente en las ramas, y el venablo y la jabalina mataban al antílope, al carnero montaraz, la cabra montés; y por medio del artificio de trampas, hoyos cubiertos con ramaje, á las otras fieras que vagaban por los bosques y junglares de la India.

Las supersticiones ataron muchas veces las manos de

los indígenas, que, llenos de loco terror y respeto, sufrían las algaradas y ataques de las feroces alimañas. La civilización y la necesidad de la propia defensa, y quizás más que todo la codicia y cebo de algunos *rupias*, desvaneciendo en algunas tribus aquellas preocupaciones, han aguzado el ingenio de los indígenas para cazar al tigre, al elefante, al leopardo y toda suerte de animales fieros.

Los indios usan desde tiempo inmemorial, como cabalgadura de guerra y de caza, el elefante; pero, según los tiempos, las civilizaciones y las castas entregadas á los ejercicios venatorios, los arrees han sido más ó menos sencillos.

El elefante es una movable torre, con defensas propias, que quita gran parte de los riesgos que ofrece la lucha con las feroces alimañas. Encaramados los indígenas sobre aquella montaña de carne gris, cubierta de piel durísima, podían disparar á su sabor flechas y arrojar dardos sobre el tigre y el leopardo.

Las leyendas, los poemas inspirados en las tradiciones indias, describen aquellas hermosas cacerías, en que desfilaban por las puertas de Lahore centenares de elefantes, lujosas comitivas en que se desplegaba todo el lujo oriental, bramines, guerreros, sudras, esclavos, bayaderas, músicos, etc., etc., adornados de vistosos y raros trajes. La multitud se agolpaba, ávida y curiosa, para ver á sus reyes y jefes, prosternándose á su paso.

La comitiva enderezaba sus pasos hacia los junglares, morada favorita de los tigres y de los leopardos; y allí los ojeadores, con gran riesgo, se internaban en la espesura, y allí con grandes voces y estrépitos procuraban hacer salir de sus guaridas á las feroces alimañas huéspedes de las selvas.

El tigre salía de los junglares, arrollando y sembrando la muerte entre la mísera tropa de esclavos, cebo de aquellas cacerías.

Por doquier se oían gritos y alaridos; los elefantes avanzaban en fila, ó bien en semicírculo, cerrando la retirada á la fiera, la que, herida á golpes de flechas ó venablos, forzada al combate, se arrojaba sobre algún paquidermo, hasta que, tras variadas y sangrientas peripecias, caía herido ó muerto.

Sonaban gritos de triunfo que ahogaban los gemidos de dolor y rabia de los heridos y moribundos, y comenzaba de nuevo la cacería, hasta que, al ocultarse el Sol tras las grandes montañas, regresaba á la ciudad la comitiva, llevando sobre caballos y elefantes, cubiertos cuidadosamente con ramaje, los trofeos de caza.

Hoy, merced al uso de las armas de fuego, las cace-